

Una Argentina soviética

Veinte años después, se rescata *Un guión para Artkino*, la novela donde Fogwill, en clave de parodia desternillante, escribe la historia de una patria socialista que será realidad en 2018

Un guión para Artkino

Fogwill
Periférica. Cáceres, 2009
172 páginas. 16 euros

Por J. Ernesto Ayala-Dip

ES POSIBLE QUE LOS SERES o las realidades parodiadas sean ellos mismos los únicos responsables de la parodia de que son objeto. Nadie sino ellos serían los únicos culpables de su circunstancia de parodiados. En fin, que tendrían lo que se merecen. Claro que esas realidades parodiadas la más de las veces no tienen nada de graciosas, toda vez que es difícil que una buena parodia no haga reír, aunque la fuente de nuestra hilaridad sea paradójicamente un asunto humano muy triste. Si leemos la gran novela de Mijaíl Bulgákov, *El maestro y Margarita*, seguro que la risa será instantánea, incontrolable e invasiva, aunque luego, pensándolo bien, conociendo lo que parodiaba y conociendo cómo acabó la vida de su autor en la Unión Soviética de Stalin, un poco tal risa se te queda helada. Así funciona la parodia desde Aristófanes (que parodiaba nada menos que a los grandes trágicos griegos) hasta Valle-Inclán, pasando por Rabelais. Esto apuntado tiene que ver con la nueva novela del escritor argentino Fogwill (1941), *Un guión para Artkino*. En España Fogwill tiene editada una trilogía: la que forman *La experiencia sensible* (2001), *En otro orden de cosas* (2002) y *Urbana* (2003), todas editadas por Mondadori. También por esta misma editorial, en 1998, se publicó un libro de relatos, *Cantos de marineros en La Pampa*, en donde dicho sea de paso hay incluida la novela corta *Los pichiciegos*, un relato que bien podría alinearse con los mejores títulos que produjo la literatura norteamericana antibelicista del siglo veinte (pienso sobre todo en Kurt Vonnegut, para emparentarlo con otro miembro de la familia de los grandes parodistas). Y hace poco más de un año pudimos leer *Help a él* (Periférica).

Fogwill es un escritor absolutamente consciente de la importancia de su papel en la literatura argentina contemporánea. No se trata de petulancia, sino de asunción de una responsabilidad estética singular. Al lado de nombres como César Aira, Ricardo Piglia y el desaparecido Juan José Saer, e inscrito en la tradición heterodoxa de Macedonio Fernández y Osvaldo Lamborghini, este autor argentino postula

la importancia capital del pensar como arte, al lado del otro arte inevitable del contar: "La razón no se sostiene sin relatos", nos dice. En esta estela moral hay que contextualizar *Un guión para Artkino*, novela, o *nouvelle* como la llama el mismo autor, que fue "escrita en 1977 o 1978" y corregida en 1982. Años después es rescatada e incorporada a la obra del autor. Volvamos ahora a la parodia. *Un guión*



El escritor argentino Rodolfo Enrique Fogwill escribe narrativa, poesía y ensayo. Foto: Bernardo Pérez

Expatriación estética

NUESTRO NOVELISTA se llama Rodolfo Enrique Fogwill, pero él sólo acepta llamarse Fogwill. Se da la llamativa circunstancia de que a Macedonio Fernández nadie lo reconoce como tal, y mucho menos por Fernández, sino por Macedonio. Es probable que una de las tareas de algunos nombres consagrados de la literatura argentina sea cierto coqueteo con el malditismo. Rebautizarse es una manera de ser maldito. Dicho síndrome, que yo me atrevería a bautizar como Síndrome de Gombrowicz, está relacionado con esa tentación casi irrefrenable de la automarginación: el escritor que fabula desde los márgenes de la

ficción institucionalizada. Dicha ocultación puede darse desde una voluntaria invisibilidad, como sucedió con Juan Filloy. O desde la ininteligibilidad como método radical de comunicación novelística, que tanto cultivó Osvaldo Lamborghini. De alguna manera, siguiendo el ejemplo tenaz del escritor polaco, estos escritores viven una suerte de expatriación estética y vital. La vanidad invisible, podría también llamarse. Como Fogwill. O como Fernando Pessoa, puestos a ampliar el elenco de esta rara especie universal. Son los forjadores de sí mismos. Sus propios detractores y sus propios exégetas. J. E. A.-D. ●

para Artkino es la historia contada en primera persona por un guionista en una Argentina donde se lucha en la esperanza de una patria socialista. El narrador se llama Fogwill y se le ha encargado un filme donde esa esperanza será realidad en el año 2018. Así se pone en funcionamiento la parodia de una utopía que comienza a provocar nuestras carcajadas cuando Borges es tildado de ejemplo del espíritu revolucionario y autor de dos libros señeros de la Gran Causa: *Horas proletarias* y *Mañanitas metalúrgicas*. Además nuestro Fogwill comete el error de enamorarse de su secretaria. Ese atisbo de infidelidad, ese filo cortante en la propia cara del concepto de familia que defienden los paladines del comunismo internacional es asumido por su mujer como una afrenta no tanto a ella como a ese mismo y férreo concepto: ¡ah esa debilidad de la carne burguesa cuando es presa de una inesperada debilidad contrarrevolucionaria! De alguna manera Fogwill, el real, rescribe. Rescribió antes a Borges (en *Help a él*), a la Virginia Woolf de Orlando (en *Cantos de marineros en La Pampa*). Ahora rescribe a Orwell, más me parece al de *Rebelión en la granja* que al de 1984. Y lo hace en clave esperpéntica. Pero de la misma manera que el mismo Fogwill nos desorienta cuando afirma que *Los pichiciegos* no es tanto una novela sobre la guerra de las Malvinas como una novela sobre lo que él piensa (pensar y contar; contar y pensar) acerca de "la revolución, el amor y el comercio", podría darse la circunstancia de que *Un guión para Artkino* fuera algo más que una parodia sobre la fantasía de una Argentina soviética: ¿y si fuera también una reescritura del amor absolutamente contrarrevolucionario? La Argentina no se mereció el desgarramiento moral y físico que la horrible dictadura de Videla le infligió. Pero esta desternillante y a la vez desoladora parodia, ésta sí que se la merece. ●



A la sombra del hambre

Un armario lleno de sombra

Antonio Gamoneda
Galaxia Gutenberg / Círculo de Lectores
Barcelona, 2009. 238 páginas. 18 euros

Por Jordi Gracia

CUANDO TERMINA este libro, hacia 1945, Antonio Gamoneda no sabe todavía que no está solo, como cree y como nada le permite poner en duda. Pero en otros barrios de León, en otros rincones y en otras casas, a veces tan pobres como la suya propia, otros vencidos algo mayores que él están tratando también de rehacerse, y algunos escriben sus poemas, como Eugenio de Nora o Victoriano Crémer, en condiciones muy precarias de vida. El relato de infancia

de Gamoneda es a ratos estremecedor precisamente porque está despojado de ideaciones líricoides o de pasmos espirituales, de poeta. Al contrario, la crudeza de la memoria fragmentaria, a menudo, indócil con el marco cronológico impuesto, deja unas cuantas páginas narrativas y testimoniales que devuelven de golpe a la atrocidad que fue la posguerra vivida desde la derrota. No sólo por el hambre, sino también por el hambre. La posibilidad de estudiar o de obtener un empleo (como le pasó a él) pasa por callar y transigir en el trato con uno de los personajes que podrá ayudar al niño. Pero el precio es la humillación de oír a la mujer de ese sujeto reclamar el exterminio de los presos del penal de San Marcos, en lugar de sus traslados aquí o allá: da igual, porque los fusilaban y torturaban igual, pe-

ro lo que importa es saber que aquella bruja sentada en el salón de su casa pedía más muertos. Lógicamente, cuando a Gamoneda le hagan pasar por comisaría por un pequeño incidente, la madre le pondrá aterrada dos toallas en las manos para que pueda limpiarse la sangre que llegará.

El retrato de los abusos éticos y físicos, sexuales y sádicos, de los padres agustinos en el colegio es frío y sin rencor: eran tan habituales y tan previsibles que forman parte de la historia de la vida cotidiana de la infancia en España, aunque el peso de la Iglesia católica siga haciendo de esos delitos presuntas rarezas o desviaciones puntuales de este o aquel café. Tampoco se perdona a sí mismo Gamoneda. Su rebeldía de muchacho criado con una madre viuda se desgrana en unos pocos episodios (y alguno muy feroz) sin autocompasión y sin callar tampoco los enredos y rencores destructivos que cuecen esa y casi todas las familias. La voluntad de restituir el pasado vivido es leal en su confesada natura-

leza selectiva, difusa o imprecisa a menudo, pero nunca destila deshonestidad o falta de coraje para contarse.

También está en el libro la semilla del poeta, pero de nuevo sin alboradas epifánicas que endulcen la vocación de un muchacho despierto, lector de novelas de alquiler, sin libros en casa fuera del poemario publicado por su padre (fallecido tres años después de nacer el chaval en 1931). La forja de una posición ideológica marxista no lleva énfasis ni se hace retórica con ella: el relato presta datos materiales y de experiencia para comprender a un poeta que ha hablado de la cultura del hambre como matriz de un sentido de la existencia, y al mismo tiempo el lector sabe que ese tramo de vida pesó en el resto de sus años: su padre había sido periodista y parte de la revolución de octubre de 1934 en Asturias, él fue niño de la guerra en el sentido más exacto y adolescente en una posguerra que sufrió junto a la violencia de la misericordia católica, la que llevaba al hoyo a innumerables fusilados. ●